

## Bibliografía

- Arendt, Hanna. *The Human Condition*. London: University of Chicago Press, 1998.
- Cohen, Jean L. «Democracy, difference and the right to privacy». En *Democracy and Difference*, editado por Seyla Benhabib. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1996.
- Dahl, Robert A. *On Democracy*. New Haven, MA: Yale University Press, 1998.
- Durkheim, Emile. *Montesquieu and Rousseau: Forerunners of Sociology*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1970.
- Foucault, Michel. «Space, knowledge and power». En *The Foucault Reader: An Introduction to Foucault's Thought*, editado por Paul Rabinow. London: Penguin, 1991.
- Fraser, Nancy. «Rethinking Recognition». *New Left Review* 3 (May-June 2000): 107-120.
- Grosz, Elizabeth. «Bodies-Cities». En *Sexuality and Space*, editado por Beatriz Colomina. Princeton, NJ: Princeton Architectural Press, 1992.
- Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. London: Polity Press, 1989.
- Harvey, D. *The Condition of Postmodernity*. London: Blackwell, 1990.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Oxford: Blackwell, 1974.
- Massey, Doreen. «Thinking radical democracy spatially». *Environment and Planning D: Society and Space* (London) 13(3) (1995): 283-288.
- Norberg-Schulz, Christian. *The Concept of Dwelling*. New York, NY: Rizzoli International, 1985.
- Taylor, Charles. *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989.
- Zutkin, Sharon. *The Cultures of Cities*. Oxford: Blackwell, 1995.

68

## La lucha por el espacio urbano

Rodrigo Salcedo H.  
Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile

### Poder y espacio

El espacio es una realidad socialmente construida, en la que interviene tanto lo natural como la obra humana, así como las ideas que nos hacemos de las cosas y la forma en que las vivimos. Si partimos desde ese punto de vista, y entendemos la sociedad como una interacción permanente de la forma «poder / resistencia al poder» entre aquellos que controlan material e ideológicamente la sociedad y el resto de la población, lo más adecuado es conceptualizar al espacio como el lugar donde el poder se expresa y ejerce. Así, tal como lo expresa Foucault en su libro sobre el conocimiento del poder (1980), la historia de los espacios «será al mismo tiempo la historia de los poderes» (p. 149).

El ágora griega, la plaza medieval, el bulevar parisino, incluso el *mall*, poseen la misma lógica: en todos los espacios se ejerce y expresa el poder; pues ese poder solo existe realmente cuando se hace público, cuando es conocido y reconocido por los ciudadanos. Refiriéndose más directamente a la ciudad, Edward Soja argumenta en *Postmetropolis* (2000) que «la ciudad continúa siendo organizada a través de dos procesos interactivos: vigilancia y adherencia. Estar urbanizado significa ser un adherente, un creyente en una cultura e ideología colectiva enraizada en las extensiones de la polis» (p. 51).

Si bien el espacio siempre ha reflejado el poder, la forma en que este poder es ejercido y su finalidad social han mutado históricamente, lo que hace variar además al espacio y las formas en que este es construido. Así, por ejemplo, con la llegada de la modernidad y la expansión capitalista los grupos dominantes de la sociedad no solo debieron mantener a raya a sus súbditos impedir que hicieran ciertas cosas, sino que comenzaron a necesitar su cooperación activa en la organización de la producción. Debieron mantener la disciplina y la salud física y mental, y también capacitar a la población en la realización de ciertas tareas. Este cambio implicó asimismo la transformación de los espacios, públicos y privados; por ejemplo, el espacio público pasó de ser el lugar del castigo real a ser un espacio de vigilancia.

69

Así, mientras que con anterioridad a la época moderna la arquitectura se preocupa solo de obras que «muestren» y demuestren el poder del soberano (iglesias, palacios), a partir del siglo XVIII aparecen nuevos encargos: construcción de escuelas, hospitales, cárceles, etc. La arquitectura se convierte en una disciplina orientada a la utilización del espacio para fines económico políticos (Foucault 1980:148), colaborando con la necesidad de disciplinar y docilizar los cuerpos de los individuos. Si bien el poder es ejercido espacialmente, la configuración final del espacio construido y las conceptualizaciones que nos hacemos de él, condicionan la forma en que el poder se manifiesta. Por ejemplo, es distinto intentar el control militar de una ciudad de amplias avenidas que hacerlo en otra plagada de callejuelas.

### Resistencia al poder

Con todo, el espacio no es solo el lugar donde el poder es ejercido, sino, además, es el escenario donde se produce la resistencia ciudadana. El espacio es expresión de relaciones de poder y de dominación, pero al mismo tiempo es en dicho lugar donde los usos y condiciones propuestos por los sectores dominantes son discutidos por los grupos subordinados; lo han sido en el pasado y lo serán en el futuro. Así, en su libro sobre la práctica de la vida cotidiana (1984), De Certeau manifiesta la misma preocupación que Foucault por las formas microscópicas que organizan a la sociedad; pero, contrariamente a este, que se centra en la microfísica del poder, lo hace en la microfísica de la resistencia, la cual está presente en todo contexto social y, por lo tanto, en todo espacio.

El espacio es siempre discutido en su uso y, así, nunca puede ser completamente apropiado por los poderes o discursos dominantes. La dominación o control sobre el espacio y los usos de este se presentan así como hegemónicos, en el sentido que Gramsci establece en sus escritos desde la prisión, nunca como absolutos o inmutables. Esta característica, tanto del poder como del espacio, contradice la lectura más estructuralista de Foucault así como el pensamiento posmoderno, que niega la posibilidad de resistencia social ya sea frente al desarrollo capitalista o su estructura espacial. En este sentido, el «determinismo de la globalización», la idea de que no «hay nada que hacer» y que «es imposible oponerse», tan de moda entre los intelectuales del urbanismo,<sup>1</sup> puede ser desmentida tanto desde una perspectiva teórica como histórica. Incluso, autores que glorifican la concepción del espacio urbano promovida por los urbanistas posmodernos excluyente y fragmentado, como lo hacen Graham y Marvin en su obra *Splintering urbanism: Networked Infrastructures, Technological Mobilities and the Urban Condition* (2001), deben admitir, a modo de conclusión, la existencia y trans-temporalidad de la resistencia:

«La vida de las grandes ciudades no puede ser simplemente programada como un computador por poderosas fuerzas socioeconómicas o intereses políticos, incluso dentro de contextos capitalistas extremos y desiguales. La vida urbana es más diversa, variada e impredecible que lo que las distopías urbanas basadas en la situación de Estados Unidos sugieren» (p. 392).

Ahora bien, debemos ser conscientes de que la resistencia siempre opera «desde abajo». Ella no se encuentra al nivel de las prácticas dominantes, por lo que en la mayoría de los casos el enfrentamiento directo y activo (la protesta ciudadana) o bien no es viable, o solo puede ser mantenida por un corto plazo. La comuna de París solo duró algunas semanas. Teóricamente, De Certeau (1984) clarifica: «Una sociedad está compuesta de ciertas prácticas dominantes, las que organizan instituciones normativas; y otras prácticas que se mantienen menores, siempre allí pero no organizando discursos, preservando los comienzos o los remanentes de diferentes hipótesis (institucionales, científicas) para esa sociedad u otras» (p. 48).

Las prácticas de resistencia no operan construyendo sistemas o estructuras alternativas de poder o ignorando las reglas sociales imperantes, sino a través de una apropiación crítica y selectiva de las prácticas disciplinarias, transformando su sentido original y alterando su carácter represivo (yendo al *mall* solo a vagabundear, sentándose en el suelo del metro, etc.), o bien a través del abandono de los lugares en los que el control social se hace más opresivo (abandono de los lugares públicos más vigilados por grupos marginales).

El argumento de De Certeau constata la existencia de prácticas alternativas, pero ciertamente les pone un límite, al igual que a la diversidad de usos que puede adoptar el espacio. La resistencia no está al nivel de las prácticas dominantes; aún más, ella está condicionada por estas. Las distintas apropiaciones del espacio no deben entenderse en términos de una competencia entre dos proyectos alternativos, como una visión dogmáticamente marxista sugeriría, sino como el resultado de interacciones sociales que ocurren en el espacio vivido y que pueden dar lugar a diversos significados y propósitos.

En sus cartas desde la prisión, Gramsci sostiene que los sectores dominantes ejercerían una hegemonía social sobre la vida y acciones de las personas, la cual se traduce en un consentimiento espontáneo de las masas hacia la dirección de la vida social impuesta por los sectores dominantes. Estas prácticas hegemónicas imponen ciertas regulaciones a la vida cotidiana de todos los miembros de la sociedad, mientras las prácticas dominadas o subalternas trabajan acomodándose, reemplazando significados, negociando y, en algunos casos, a través de una resistencia activa (a veces violenta) frente al orden espacial impuesto. La hegemonía en términos espaciales significa, entonces, la naturalización de una dominación material a través de la imposición de ciertas percepciones (espacio percibido o imaginado) o representaciones de cómo el espacio debe ser apropiado, usado y vivido.

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Davis, *City of Quartz* (1990); Soja, *Postmetropolis* (2002); Dear & Flusty, *The Spaces of Postmodernity* (2002), etc.

### Espacio y democracia

Basándose en la distinción griega entre *polis* y *oikos*, muchos urbanistas han diferenciado el espacio público del privado, sosteniendo que el primero es el «espacio de la libertad», en el cual se construye ciudadanía a través de la interacción social; mientras el segundo es el «lugar de la necesidad», en el que priman las relaciones autoritarias o desiguales. Esta visión enfatiza la idea de un espacio (metafórico) de libertad, el cual existe entre el Estado y los asuntos privados, y es el punto de partida para un debate crítico-racional sobre el ejercicio legítimo del poder.

Ahora bien, esta noción de espacio público está asociada al ascenso de la burguesía como clase social dominante y a la consolidación de la democracia liberal como sistema de gobierno. El espacio público libre sería, entonces, una característica de la modernidad impulsada desde la clase burguesa. En esta línea, Caldeira (2000), señala: «La experiencia de la vida moderna incluye la primacía de la apertura de las calles, libre circulación, el encuentro impersonal y anónimo entre peatones, el espontáneo disfrute y congregación en las plazas, y la presencia de gente de diferentes orígenes sociales mirándose, observando las vitrinas, comprando, sentándose en cafés, uniéndose a manifestaciones políticas, apropiándose de las calles para sus festivales y demostraciones, y usando los espacios especialmente diseñados para la entretención de las masas».

Pero, este espacio público libre y democrático no es sino la forma de ejercer el poder que tuvo la burguesía del siglo XIX, y especialmente la de los primeros setenta años del siglo XX. Para su consolidación, la democracia liberal necesitaba espacios de libertad donde la burguesía pudiese deliberar. El espacio público moderno es sinónimo de libertad y, por tanto, el comportamiento y las acciones de los ciudadanos en dicho espacio tienden a reflejar apertura y libertad.

Una vez que la burguesía ganó control político y económico sobre la sociedad, ese discurso de un espacio público como lugar de construcción de ciudadanía se hizo hegemónico. El espacio público se convirtió entonces en el lugar para manifestar opiniones sin temor a la represión, el lugar donde la voluntad pública proclamada por Rousseau se manifestaba; ello a pesar de que, al mismo tiempo, este espacio consideraba la seguridad, el control y el mantenimiento del orden público como requisitos ineludibles de viabilidad. Todo dependía de quién fuera el usuario del espacio y la forma en que este usuario se describía a los significados y propósitos propuestos por la burguesía dominante.

Ahora bien, esta libertad de actuar en el espacio público no era un bien asignado a todos los habitantes de un país, sino solo a los grupos dominantes y a aquellos otros grupos cuya subordinación al sistema y, por ende la paz social había sido asegurada a través de concesiones salariales o de derechos civiles y políticos (estudiantes, obreros industriales, etc.), en un modelo que conocimos como «Estado de bienestar».

Asimismo, una vez que la burguesía no necesitó de la conformación de un espacio de libertad para ejercer y asegurar su dominio, comenzó,

tal como lo sostiene Marcuse, una «contrarrevolución» que, en términos espaciales, significó una reducción de la simultaneidad de usos y apropiaciones diferentes en el espacio público y una cada vez más creciente privatización del espacio urbano. Así, el espacio público burgués, tras ser una necesidad de la nueva burguesía dominante, pasó a convertirse en un sitio de resistencia frente a la burguesía y al orden económico social que ella impulsa. Los grupos excluidos, que experimentaban el espacio público moderno solo como lugares de ejercicio de poder, comenzaron prácticas espaciales de resistencia. Los pobres y marginales se apropiaron de los parques, los afroamericanos iniciaron revueltas callejeras, y las minorías sexuales comenzaron a crear sus propios enclaves para evitar la discriminación.

Caldeira, por ejemplo, termina argumentando, al menos implícitamente, que el espacio público fue creado por la burguesía en su lucha contra el orden anterior, pero que luego se convierte, hasta cierto punto, en un arma utilizada por los excluidos para transformar el orden social burgués. Esta explicación parece tributaria de la concepción marxista sobre el rol del proletariado en la transformación de la sociedad, y del ideal habermasiano de rescatar la modernidad de la racionalidad instrumental, usando sus armas: la razón y, en cierta forma, la esfera pública. En este sentido, la lucha por la expansión del espacio público y por la democracia urbana es, al mismo tiempo, para autores posmodernos y posestructuralistas, una lucha por la transformación de la sociedad capitalista.<sup>2</sup>

Por el contrario, la acción social de los grupos privilegiados ha tendido a oponerse a la expansión de la esfera y el espacio público, como queda demostrado en las violentas represiones a las apropiaciones del espacio urbano por obreros organizados y las luchas sociales por la extensión de los derechos civiles y políticos en los siglos XIX y XX.

### La idealización del pasado

Este análisis de la evolución del espacio público moderno el que se iría transformando gradualmente, reduciendo la libertad y la posibilidad de resistencia, ha llevado a diversos autores a adoptar una visión nostálgica del pasado. Tal visión es el producto de una evaluación político ideológica de la realidad: el conflicto social no se mueve en la dirección de favorecer a los excluidos, lo que lleva a la comparación con otros tiempos en que las clases oprimidas se acercaban ineluctablemente hacia situaciones de poder social.

Así, frente a la realidad de segregación, guetos y espacios enclávicos, es usual en la literatura de estudios urbanos hablar en forma nostálgica de un

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, de M. Castells, *The Urban Question* (1977) y de D. Harvey, *Social Justice and the City* (1973).

decaimiento e incluso de la desaparición del espacio público. Autores como Caldeira (2000), Davis (1990) o Sennett (1977 y 1990) contrastan la ciudad actual con un pasado mítico, ubicado en algún momento de la era moderna, en la cual las características propias del espacio público —multiplicidad de usos y encuentro social— no solo se desarrollaban, sino que, además, estaban en constante expansión.

Este discurso es propio de los urbanistas posmodernos, los cuales idealizan conservadoramente el espacio público moderno, cuestionando los recintos propiamente posmodernos y calificándolos de *pseudo* o *pos* públicos. Usando este discurso, Davis, en *City of Quartz* (1990) argumenta:

La consecuencia universal e ineluctable de esta cruzada por hacer la ciudad segura es la destrucción del espacio público accesible [...]. Para reducir el contacto con los indeseables, las políticas de reconstrucción urbana han convertido las alguna vez vitales calles peatonales en alcantarillas de tráfico, y transformado los parques en receptáculos temporarios para quienes no tienen casa. (p. 226)

Si el espacio público moderno significaba exposición, debate crítico, interacción entre clases y autenticidad, su existencia ha sido cuestionada por la nueva sociedad globalizada y la ideología privatista que la acompaña: el habitar tradicional ha sido reemplazado por condominios y otras formas de comunidades cerradas,<sup>3</sup> y el mercado ha sido completamente reemplazado por el *mall*, al menos en el imaginario colectivo.

Sin embargo, esta visión nostálgica del pasado moderno está basada en una falsa premisa: que la ciudad alguna vez aceptó la diversidad y el intercambio social más de lo que lo hace ahora. En su libro *The City Builders*, en el que analiza las ciudades de Londres y Nueva York, Susan Fainstein argumenta que la noción de un «pasado ideal» es desmentida por varias verdades históricas: (1) En Londres y en Nueva York la gente considerada inaceptable por la sociedad en su conjunto era mantenida fuera de los sectores de la ciudad donde se congregaban las clases pudientes (p. 229); y (2) en Nueva York la exclusión de la gente de color de espacios comerciales y el mercado habitacional era un hecho de la vida, y ni siquiera ilegal hasta mediados del siglo pasado (p. 320).

En efecto, si renunciamos a adoptar una perspectiva extremadamente negativa de la presente situación del espacio público, basada en el prejuicio político o un programa ideológico, el pasado aparece en toda su contradicción y no como una utopía incuestionada.

La utopía burguesa a la que se refiere Fishman (1987), construida mayoritariamente en los suburbios, era extremadamente excluyente de los sectores más pobres de la sociedad. Si bien es posible argumentar que a mediados del siglo XX había un grado mayor de resistencia política, acompañada de una apropiación radical del espacio (protestas, marchas, etc.), no existía un espacio público absolutamente abierto o libre. Incluso

más, si se modifica el concepto de resistencia a fin de incluir un espectro más amplio de luchas o prácticas (racial, de género, ecológica, etc.), la ciudad y su espacio público aparecen hoy aún más diversos y abiertos que en el pasado. Hoy la ciudad es más tolerante con las minorías raciales y sexuales que hace cincuenta años, haciendo de la idea de un pasado mítico un inconcebible histórico. Tal como lo sostiene Fainstein en *The City Builders*, las minorías excluidas del «consenso socialdemócrata» tienen más oportunidades de incorporarse al espacio público social. Hoy no es extraño presenciar apropiaciones del espacio por las minorías raciales o sexuales, las cuales se puede argumentar se encuentran menos excluidas que hace cincuenta años. Sin embargo, esta apropiación es aceptada solo si los usuarios se atienen a los límites planteados por el espacio posmoderno y los respetan.

Así, el espacio moderno idealizado se reduce a un mito al que diversos urbanistas, frustrados con la actual situación de la ciudad, recurren como metáfora para argumentar a favor de un cambio en las condiciones espaciales existentes. Asimismo, esta comparación entre diversos momentos de la lucha por el control del espacio sirve para comprobar la idea central que quiero presentar en este texto: que la lucha por el espacio es una realidad transhistórica, y que así como se ha presentado en el pasado, la dialéctica espacial poder / resistencia al poder tenderá a mantenerse.

#### Los desafíos actuales

La clase dominante está siendo capaz, hoy en día, de excluir al resto de los grupos sociales del uso de ciertos espacios, a través de la creación de enclaves en los que el discurso del espacio público como lugar de encuentro social y construcción de ciudadanía se mantiene, pero se restringe a ciertos segmentos de la sociedad. Este es el discurso de las nuevas comunidades cerradas creadas por los neo-urbanistas como Andrés Duany, el de la industria del *mall* y el de los empresarios de la entretención. El espacio público es, entonces, abierto pero seguro, atento a la comunidad pero comercial, libre y espontáneo pero al mismo tiempo controlado y producido. El espacio público posmoderno es un lugar de expresión y ejercicio del poder, pero es experimentado como tal solo por los oprimidos; para el resto, tal como en la modernidad, es el espacio de construcción ciudadana y diálogo social. Así, el nuevo acuerdo sobre el uso social del espacio incluye comercialización, control y vigilancia.

Sin embargo, el control no es absoluto y las posibilidades de resistencia se encuentran intactas. Todo espacio puede convertirse en lugar de lucha social si quienes son oprimidos entienden que es posible el cambio. Desde un punto de vista gramsciano, la ideología del «determinismo de la globalización», el estructuralismo dogmático y la filosofía posmoderna, generan las condiciones intelectuales para que la dominación se naturalice, para que la imposibilidad de la resistencia se convierta en una profecía autocumplida.

<sup>3</sup> Véase al respecto E. McKenzie, *Privatopia* (1994) y D. Judd, «The rise of the walled cities» (1995).

Así, para generar resistencia y desafiar las leyes, normas y prácticas que los grupos sociales dominantes buscan establecer para el espacio social es decir, ya sea oponerse a la nueva ley de urbanismo y construcciones, o simplemente generar prácticas espaciales alternativas, el primer punto es tener la convicción de que la resistencia es posible. No existen fuerzas estructurales que indefectiblemente lleven al espacio hacia una cierta construcción; no lo pueden hacer ni la economía capitalista, ni el mercado, ni los poderes políticos de un determinado país.

Ahora bien, cabe hacer notar que incluso los oprimidos no van a legitimizar cualquier práctica de resistencia, pues los grupos subordinados a la estructura político-social dominante son múltiples y sus objetivos contradictorios. De igual forma, los grupos dominantes tampoco son homogéneos, pudiendo darse muchas veces el caso de grupos de la elite que, al apoyar discursos alternativos respecto al uso del espacio, traspasan las fronteras y se incorporan a los sectores dominados. Así, ni la elite ni los grupos dominados son homogéneos, por lo cual la lucha por el espacio no es bidireccional sino que se establece, casi como diría Foucault, desde y hacia todos los puntos de la sociedad.

La resistencia puede ser múltiple: va desde la apropiación de una calle para una protesta contra el orden establecido hasta la apropiación del mismo espacio para el vagabundaje, el tráfico de drogas o la violencia. En este

contexto, muchas veces son los propios grupos dominados los que piden la vigilancia y el emplazamiento de fuertes medidas de seguridad: prefieren restringir su propia libertad en el espacio a cambio de mínimos de seguridad que les permitan mantener su vida cotidiana.

### Referencias bibliográficas

- Caldeira, Teresa P. R. 2000. *City of Walls: Crime, segregation and citizenship in São Paulo*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Castells, Manuel. 1977. *The Urban Question*. London: Edward Arnold.
- Davis, Mike. 1990. *City of Quartz: Excavating the future of Los Angeles*. New York, NY: Verso.
- De Certeau, Michel. 1984. *The practice of everyday life*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Dear, Michael J.; Steven Flusty, eds. 2002. *The Spaces of Postmodernity. Readings in Human Geography*. Oxford: Blackwell.
- Fainstein, Susan. 1994. *The City Builders*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Fishman, Robert. 1987. *Bourgeois Utopias: The rise and fall of suburbia*. New York, NY: Basic Books.
- Foucault, Michel. 1977. *Discipline and Punish: The birth of the prison*. New York, NY: Vintage Books.
- Foucault, Michel. 1980. *Power Knowledge: Selected Interviews and Writings 1972-1977*. New York, NY: Pantheon Books.
- Graham, Stepehn; Simon Marvin. 2001. *Splintering urbanism: Networked Infrastructures, Technological Mobilities and the Urban Condition*. New York, NY: Routledge.
- Gramsci, Antonio. 1971. *Selections from the Prison Notebooks*. New York, NY: International Publishers.
- Habermas, Jürgen. 1984. *Theory of Communicative Action*. Boston, MA: Beacon Press.
- Harvey, David. 1973. *Social Justice and the City*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Judd, Dennis. 1995. «The rise of the new walled cities». En *Spatial Practices: Critical Explorations in Social/Spatial Theory*, editado por Helen Liggett & David C. Perry. Thousand Oaks: Sage, pp. 144-166.
- McKenzie, Evan. 1994. *Privatopia: Homeowners associations and the rise of the private government*. New Haven, MA: Yale University Press.
- Sennett, Richard. 1977. *The Fall of the Public Man*. New York, NY: W.W. Norton & Company.
- Sennett, Richard. 1990. *The conscience of the eye: The design and social life of cities*. New York, NY: W.W. Norton & Company.
- Soja, Edward. 2002. *Postmetropolis: Critical studies of cities and regions*. Malden, MA: Blackwell.